

convertir a un hombre todavía recuperable en un recluso perpetuo. El ambiente contaminado y mefítico del presidio tiene fatalmente que acabar contaminando a Francisco Mora. Es ley inevitable. El estudio psicológico de este personaje es acabado, perfecto. Junto a Francisco Mora, el "Botacristo", desfilan plenos de vida "Sastre Martínez", Juan "Risa", "Canturrino", el "Don", "Algarín", y tantos otros, que componen un paisaje humano estremecedor, cuyo antecedente literario habría que buscar en "La casa de los muertos", de Dostoyewski. Son todos asesinos, que viven la vida del penal sin una conciencia clara de su culpa. A la vista de todos ellos, de su oscura grandeza, el ayudante Collantes va a decir: "Si me preguntaran a mí qué hay más hermoso que el hombre, diría: *Las ruinas del hombre.*" La comprensión y la ternura presiden, de otra parte, el tratamiento de *Cabo de vara*. Es como si Tomás Salvador se compadeciera de los personajes y viviera junto con ellos sus trabajos y amarguras. Esto es sólo posible cuando, como en el caso de *Cabo de vara*, los personajes han sido creados de dentro a fuera, atendiendo a sus exigencias más íntimas y profundas. Sólo así puede un escritor sustraerse al pecado de caricaturizar al hombre.

Una construcción eficaz y directa permite que una novela, en cierto modo multitudinaria, en vez de dispersarse se centre y concrete sobre los héroes o sobre los personajes sobresalientes. La densidad del ambiente, el ritmo en que se desenvuelve la vida del penal, están perfectamente dados, gracias a la construcción. Poco a poco, capítulo a capítulo, vamos penetrando en esa vida somnolienta y amurada. Trasciende, en todo momento, un especial y desesperanzado dolor. Junto a la construcción, ciñéndose a ella, un lenguaje también directo, aunque emocionado y lírico a veces. Con muy buen tino, el escritor ha rehuído el abuso de un tipismo idiomático, que pudiera oscurecer o entorpecer la lectura. *Cabo de vara* es, sin duda, un libro importante. Y hay que hacerlo constar.—JOSÉ MARÍA DE QUINTO.

UN LIBRO SOBRE LA ESPAÑA PRIMITIVA Y ROMANA

Es ya un acierto el haber acudido a un antropólogo de la reconocida solvencia de Julio Caro Baroja para un estudio de la España primitiva y romana (1). Su estudio nos depara, en efecto, multitud de puntos de vista inéditos, y a lo largo de todos ellos un enfoque totalmente original. Se intenta superar en todo instante los peligros de minimización que ineludiblemente entraña el manejo de datos históricos, y se sortea

(1) *Historia primitiva y romana*. Historia de la Cultura Española, vol. II (prólogo de Julio Caro Baroja). Seix y Barral, 1957.

hábilmente la posible politización. El autor aclara su intención desde el principio: "Procuraré trazar una serie de modestos apuntes (ya que no cuadros), con bastante independencia los unos de los otros, de acuerdo con un método que fué adoptado por autores de muy distinto carácter en países distintos, desde comienzos del siglo actual a la mitad. Este método es el de observar lo que se ha llamado "morfología cultural", perceptible en un área geográfica determinada, y dar así una idea general de los rasgos característicos de un conjunto o un grupo humano en todos los aspectos de la cultura, o por lo menos en los más destacados, desde la religión hasta la vida material."

Una de las más caras preocupaciones orsianas, la "morfología de la cultura", que en la ciencia de la cultura había sido establecida por el maestro, encuentra ahora un eco preocupado y auténtico en la obra que nos ofrece Julio Caro Baroja.

Es con verdadera voluntad de síntesis con la que Caro Baroja estructura y dispone su plan de trabajo en tres partes, de las que la primera será dedicada a los ciclos culturales prehistóricos, la segunda estudiará las notas que informan los primeros siglos de la Historia y la tercera dará cumplida visión de la romanización.

Los capítulos iniciales (desde "Los períodos más remotos" hasta "Las colonizaciones e invasiones") nos presentan con la máxima profundidad esta voluntad de síntesis que Caro Baroja ha sabido disponer en la obra. En ellos el escritor estudia las actividades de los primeros pobladores de la península con singular acierto. Traza un esquema comparativo de las actividades de los hombres del paleolítico superior, del mesolítico y del neolítico, con manifestaciones humanas actuales de parecido signo (a las que d'Ors calificaba como manifestaciones de un estadio subhistórico), e insiste especialmente en la voluntad de progreso que desde el comienzo se proyecta en nuestro devenir histórico (revoluciones de la técnica en el neolítico). También en esos capítulos se halla un estudio completo de los embates demográficos que llegan a la península, siendo especialmente sugestivo el estudio de la aculturación —término popularizado por la antropología americana— al inquirir la pervivencia de viejos esquemas tradicionales en el mapa cambiante de nuestra cultura.

A partir del capítulo VI el autor destina el resto de la II parte a esbozar un estudio geográfico, presentándonos sucesivamente a los pueblos del sur, este, centro, oeste y norte de la península. De nuevo la agilidad de Caro Baroja nos presta aún algunas comparaciones tan esclarecedoras como la que establece entre el régimen agrícola de los vacceos y el de los modernos dálmatas e indúes.

Finalmente, la III parte de la obra establece una visión completa

de la romanización, y tanto el capítulo sobre la conquista romana como los últimos sobre la vida en la España romana y el análisis de la crisis del Imperio y de sus consecuencias en la península, nos muestran una panorámica honesta de lo acontecido, buscando las raíces de los acontecimientos en datos significativos y categóricos, sin caer en el tópico anecdótico, tan frecuente en obras de esta índole.

Un epílogo en el que se rinde homenaje a la literatura hispano-latina como hecho diferencial y en el que se nos proporcionan valiosos datos sobre psicología social, así como sobre el influjo de lo hispánico, cierra este libro admirable, que, según costumbre de la colección a la que pertenece, se completa con gran cantidad de ilustraciones, en este caso seleccionadas y clasificadas por Pedro Batlle Huguet y Julio Caro Baroja.—JAIME FERRÁN.

“EL COLOSO DE MARUSI”, DE HENRY MILLER

Henry Miller, americano, es uno de los últimos, más importantes y menos leídos —en España se entiende—, componentes de la bien llamada por Gertrude Stein “generación perdida”. Miller nació en 1891, y su obra empezó a atraer la atención de los lectores europeos después de la segunda guerra mundial, con libros de indudable escándalo, como *Trópico de Cáncer* (1934) y *Trópico de Capricornio* (1938), editados en París y prohibidos ambos en Inglaterra y Estados Unidos.

Al igual que la mayoría de los miembros de su generación, Miller representa, en términos generales, una total desilusión —en su caso ésta adopta caracteres fanáticos— respecto de la civilización moderna, que expresado en riguroso y estricto tono formal equivale al abandono de concepciones pragmáticas y melioristas por otras de clara índole metafísica.

Pruebas del furioso anhelo “anticivilizador” de Miller, en el sentido menos peyorativo de esta palabra, se encuentra en su cuento “El taller de sastre” y en “La pesadilla aireacondicionada”, que son gritos de amargura ante la inutilidad de las actividades del hombre moderno. No por ello debe pensarse que se trata de un autor decadente, derrotista, conservador o algo por el estilo. Todo lo contrario. Tan decidida actitud presupone en Miller otra como contrapartida de valores en perspectiva, otro programa filosófico que oponer —regenerativo, progresista— a la náusea que, sin ir muy lejos, le produce su propio país.

Efectivamente, en *El coloso de Marusi* (1), aun tratándose de uno de sus primeros libros (1941), pero maduro, hecho —y que ahora Bi-

(1) HENRY MILLER: *El coloso de Marusi*. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1957. 317 págs.

biblioteca Breve pone al alcance del lector español, gesto valioso, ya que puede afirmarse sin temor a errores que es la primera obra de tan importante escritor publicada en España—, expone Miller emocionalmente la tesis entera de su producción literaria; esto es, acendrada fe en la plenitud y riqueza de la vida natural, sencilla; desarrollando asimismo una de sus usuales, sinceras, esperanzadas y cósmicas diatribas contra la estéril mecanización moderna, muy particularmente contra los Estados Unidos, su país, y Nueva York, su ciudad natal, la “urbe más poblada y vacía del mundo”, sentimientos aflorados y ratificados con motivo de su viaje a Grecia, efectuado poco antes de que estallara la segunda conflagración. En *El coloso de Marusi* se refieren, pues, las experiencias de un largo viaje a través de Corfú, Kalami, Atenas, Corinto, Micenas, el Peloponeso, Creta, etc., y es libro dotado de un encanto raro y difícil de aprehender.

Tipos, ambientes, anécdotas y, sobre todo, una esencia final que no cabe en esta enumeración y una buena serie de consideraciones filosóficas sumamente vitales. Puede pensarse que dicho calificativo es el que mejor cuadra a Miller. Vitalidad y todas sus consecuencias: emocionalismo, pasión, obcecación también y extremismo. El mejor Miller está, desde luego, en las divagaciones y fantasías que leves experimentaciones reales inspiran a su duro verbo poético. La paz y dulzura de Epidauro, por ejemplo, conducen a Miller a un revolucionador ensayo sobre la urgente necesidad que el mundo actual experimenta de radicales cambios en su estructura social y en todas las conciencias, cambio encaminado naturalmente al hallazgo de la felicidad, de la humana dicha y de la paz eterna. Y por la forma en que plantea tales concepciones resultan hermosas su ambición, su queja, su horror de la civilización malhadada, que no logra nunca la paz ni consigue ahuyentar el dolor.

Leyendas, poemas heráldicos, mitos palpitantes, siempre cantando la sencillez, la pobreza, el aire de eternidad, Miller recorre la Grecia de hoy con una luz de cultura espiritual y de dolor en sus ojos, odiando con fuerza —la que tienen todos sus sentimientos, sean de ira o amor— otras visiones frías, secas, con que los eruditos pretenden absorber el pasado, un pasado quizá sólo hecho para el poeta. Sus palabras arrastran por violentas y descaradas: “belleza espantosa”, “violación cósmica”. “El inglés en Grecia es un polichinela que causa enfado mirar. No vale ni la mugre que se mete entre los dedos del pie de un pobre griego.” Miller ve la salvación del mundo, inminentemente condenado, en “abandonar, renunciar, rendirse, para que nuestro corazón pueda latir al unísono con el gran corazón del mundo”. Al planeta Saturno lo describe como “una enorme aglomeración de esas flemas